

# Gerardo Diego: entre la lid, la lidia y el lied

(Gerardo Diego amid Battles, Bullfights and *Lieder*)

Lavinia IENCEANU,

“Ștefan cel Mare” University of Suceava, Romania

## Abstract

The research at hand broaches the synergistic effect of blending the artistic rendition of bullfight and music into poetry in Gerardo Diego’s writings. The major focus is on both the interartistic dialogue and the “multilayered image” orchestrated by the Spanish poet.

**Keywords:** Gerardo Diego, *La Generación del ‘27*, music, bullfight, “multilayered image”

*Las palabras no dicen nada, pero lo cantan todo;  
se engarzan en una libre melodía de armonías.*  
(Gerardo Diego)<sup>1</sup>

Poeta, crítico, antólogo, cronista, musicólogo y pianista, Gerardo Diego Cendoya fue, indudablemente, una de las figuras más polifacéticas de la Generación del ‘27. Con más de una cuarentena de títulos publicados, su obra es, además, de las más extensas de su época, y dos de sus notas sobresalientes son la versatilidad y el virtuosismo. La versatilidad, por el gran número de temas y estilos que el poeta orquesta, y el virtuosismo, por la habilidad técnica patente en los diversos poemarios que conforman su obra.

---

<sup>1</sup> *Apud* Dónoan, «Imagen múltiple... la creación», introducción a *Gerardo Diego. Premio «Miguel de Cervantes» 1979*, Barcelona, Editorial Anthropos / Ministerio de Cultura, 1989, p. 7.

Muchas fueron las voces en defender el hecho de que los avatares biográficos del que fue el animador cultural de su generación, y trabajó denodadamente con vistas a “amaestrar” a la palabra, formarse y forjar su universo artístico, cobran un marcado relieve en la obra poética de Gerardo Diego<sup>2</sup>. Dónoan, entre otros, advierte en la lírica gerardiana, además del «entronque con la historia y la palabra» (1989: 8), una labor introspectiva —pues, como lo destacara anteriormente Francisco Javier Diez de Revenga, el poeta que nos ocupa es ante todo un «buscador de sí mismo» (1989: 78)—, una «acción investigadora» que combina «naturaleza, ingenio y vocación» (*idem*: 10) en la misma «increíble riqueza de acentos, pasiones, misterios y matices» (*apud* Dónoan, *idem*: 22) que el santanderino confesaba aspirar lograr en sus *Versos humanos*.

La peculiar «fe-fidelidad» a la poesía, que caracteriza a Gerardo Diego, aflora, en palabras de Diez de Revenga, junto a «la ambición de la aventura poética» (*op. cit.*: 74) en un entramado artístico que estriba en una perpetua búsqueda y creación de imágenes por parte de aquel que había alojado en la raíz de su quehacer poético el «no buscar las cosas en nosotros, sino a nosotros en las cosas» (*apud* Dónoan, *idem*: 7).

A la luz de tal planteamiento, ¿qué duda cabe respecto a que encontramos plenamente entregado a, e identificado con sus aficiones al poeta en alzarse en 1979 con el Premio «Miguel de Cervantes», y declararse, en su *Manual de espumas*, «el pianista otoñal/ que abr[e] y cierr[a] la noche como un libro/ e interpret[a] la música de [su] cielo manual» («Ventana», GD, 1996a: 119) y confesar que «son sensibles al tacto las estrellas./ No s[abe] escribir a máquina sin ellas» («Nocturno», GD, *idem*: 115) o que «sobre la arena pálida y amarga, / la vida es sombra, y el toreo, sueño» («Plaza vacía», GD, 1963) en el poema que remata su

---

<sup>2</sup> GD en adelante.

excelso poemario taurino, *La suerte o la muerte?* De manera recíproca, la lírica gerardiana bebe de las arraigadas aficiones del cántabro, así como de su afán abstraedor a la par de concretador, a tal punto que, si tuviéramos que ceñirnos estrictamente a dos de los temas más llamativos de sus escritos, la música y la tauromaquia definitivamente serían las varillas maestras de un abanico temático que despliega, ya no «máscaras de una intención» (Dónoan, *op. cit.*: 33), sino estampas de una rotunda vocación artística.

Entre los pinitos hechos de niño durante las clases de solfeo, las posteriores conferencias-concierto con que el brillante orador y músico deleitaba al público ávido de reflexiones y emociones, las tardes de lunes pasadas en las gradas de las plazas de toros, y las noches acompañando los latidos y fulgores de sus propios versos con los acordes de las composiciones musicales de Frédéric Chopin y Claude Debussy, a la vocación del poeta español parecen unirse, sin lugar a dudas, la dedicación, el empeño y una inquietud vertebradora de su arte asentado en dualidades. Del último aspecto dan buena cuenta los versos del poeta, quien paradójicamente «oculta oscuros anhelos a la vez que encierra su vida en transparencia de luz en el poema de forma que amanece cada día en la aurora de su palabra», cómo comenta Dónoan (*ibid.*).

Los poemarios nacidos de la pluma del que se encuentra en ese «agosto ardiendo en sueños fríos» («Ante las torres de Compostela», p. 29), o que busca «graduar el mar febril /y refrescar [su] sangre con [la] nieve infantil [de las estrellas]» («Nocturno», p. 115), se articulan a modo de conjuntos orgánicos de afinidades y contrastes, siendo los oxímoron y las sinestesias las figuras estelares del tablero estilístico. Versos como «tu orquesta, mariposa a mariposa, /hasta noventa te abren sus atriles / [...] Y metales en flor, celestes leños / elevan al nivel de las mejillas / lágrimas de claveles y azahares» («A C. A. Debussy»,

GD, 2012: 443), por poner tan sólo unos ejemplos más, afianzan la convicción general de que estamos, ya no ante un arte movido por una inveterada afición, sino ante un reverendo arte, de libre y magistral vuelo, propio de un poeta que tocó «a cuatro manos» (Gallego, 2012: 15). Si, como pianista y «“amador deleitante” de las músicas», tal y como lo señala Ramón Sánchez Ochoa, Gerardo Diego «supo fundir la emoción poética en los crisoles de la música que amaba» (2017: s. p.), en lo que atañe —*mutatis mutandi*— al crisol de sus poemas, el poeta supo fundir en éste todas las artes en el marco de un primoroso diálogo interartístico. Dicho juicio se sustenta no solamente en la musicalidad de las composiciones poéticas dieguinas, sino en la progresión cuasicinematográfica de las «imágenes múltiples» —triples, cuádruples...— cuidadosamente cinceladas, en la pintura de los sonidos fraguados, en el sonido y el peso que los colores y las ideas cobran, en su polifonía, dentro del andamiaje estructural, que termina siendo música para el oído, para la vista y hasta «para el tacto» del lector, como antes lo fuera para su autor en la época (Gallego, *op. cit.*: 51). Y es que la poesía dieguina apela a, afina y esculpe todos los sentidos del lector al tiempo que sus versos, que nacen, se encrespan o arremansan al son de algún matiz lírico, mecen y acunan al lector. Con el cruce de percepciones sensoriales que se da dentro de una misma imagen artística, la música de los versos dieguinos se vuelve piel, y envuelve al receptor. De este modo, sonidos y sentidos se entrelazan desembocando en un concierto sinestésico que da cauce a la naturaleza vanguardista de la pluma del poeta santanderino.

En este sentido, el presente estudio —concebido como la primera parte de una investigación más extensa de la obra del «poeta de doble voz» (Gallego, *op. cit.*: 51)— pretende explorar la fecunda veta interartística de la creación literaria de Gerardo Diego. Nuestro propósito es adentrarnos en el corazón de la poética gerardiana para examinar la manera en que poesía, música

y tauromaquia se dan la mano dentro del feliz e ingenioso compromiso entre música, palabra e idea, que vertebra su conciencia creadora.

## **La suerte, la vida y el vuelo de la imagen múltiple**

*Alguna vez ha de ser*

*La muerte  
me  
jugando*

*y la vida  
están  
al ajedrez*

(GD, *Limbo*, 1951)

Como el castellano de pura cepa que era, GD iba todos los lunes a mediodía sin falta a las corridas de toro que había, mientras que, en la estela de los románticos, por las noches se desvelaba escuchando música y, al son de las notas que surcaban el silencio nocturno, plasmaba sus poemas, así como las conferencias-concierto que, al día siguiente, daría ilustrando él mismo algunos trozos de estas al piano. Todo ello para que a su auditorio no le cupiera la menor duda de que, definitivamente, era él su total «contemporáneo cantando siempre ante el atril», exaltando los valores y homenajeando a las figuras tanto nacionales como universales.

El dístico<sup>3</sup> que GD nos dejó, por un lado, poco antes de morir (*cf.* Rebollo (Sánchez, 2012: s. p.), así como los versos enfrentados a guisa de piezas dispuestas de los dos lados de un tablero de ajedrez en el poema citado arriba conforman una ventana abierta hacia una de las partes más fascinantes del espectáculo lírico dieguino, ya que en estos y muchos otros versos por el estilo se puede percibir cómo a la vena de músico y

---

<sup>3</sup> «Soy el total *contemporáneo / cantando siempre ante el atril*».

taurófilo, se le suman las del empedernido jugador, pintor y caligramista. Los versos anteriormente citados de hecho ratifican la etapa ultraísta del poeta, quien de esta forma demuestra ser capaz de manejar cual ajedrecista temas, técnicas y símbolos, silencios y sonidos, y, a la par, los estímulos que proporciona el texto escrito. Como prueba de ello, el que el escritor que nos ocupa haya construido y jugado de manera ingeniosa dentro del texto con «espacios internos (escalonados, diseminados, cruzados o multiplicados gracias a los efectos de tipografía» (Gómez Redondo, 2019). Dicho recurso cobra un particular relieve dentro de la arquitectura textual, que se imbrica con los elementos de la arquitectura musical de sus poemas. La armazón lírica de los poemas dieguinos no estriba, por ende, únicamente en los recursos expresivos que plasman de manera sugerente el contenido ya de por sí inédito, siendo que el poeta aprovecha la tensión performativa entre idea, palabra y espacio, entre naturaleza y ritualizado arte, ritualizando hasta el espacio de la página, trátase del arte del ajedrez, del orquestal o del propio de la tauromaquia.

Del mismo modo que en poemarios anteriores había traído la naturaleza hasta los atriles, GD ahora convoca todos los elementos litúrgicos del rito taurino —actantes, objetos, gestos consustanciales— para dirigir y ejecutar una sinfonía visual a la par de verbal, trayendo colores y sonidos al ruedo de las palabras, así como a la orquesta de la naturaleza a las gradas del ruedo. Imbuidos de la intensidad interior y de la perfección formal, controlada, de los ademanes vitales para el torero, los vívidos, pero a la vez muy contenidos plumazos del santanderino desatan una *aisthesis* en todo su esplendor dentro del enfoque técnico a la par de vivencial que acoge el concierto vegetal, instrumental, sensorial y existencial que presencia el lector. En esta alentadora fusión entre gesto caligráfico y vibración natural, de la escritura parecen germinar sonidos, formas, símbolos, de modo que la vida

del arte se abre paso a un tiempo con el arte de la vida que cobra realce.

En lo que atañe a la tauromaquia *per se*, el taurófilo que en GD habitaba despertó al asistir este, con tan sólo 11 años, a una novillada. Desde entonces, el escritor en ciernes fue un asiduo de las corridas y, a pesar de no torear en el sentido propio de la palabra, el poeta llegó a ser un gran entendido en el arte, tanto que en 1972 pudo pronunciar en el Ateneo de Madrid una ponencia que versaba sobre *La estética del toreo*. Si bien al siglo XX el auge del modernismo le ha granjeado el rótulo de la Edad de Plata de la poesía española, a raíz de la labor de la Generación del '27, el siglo XX bien podría considerarse el Siglo de Oro de la poesía taurina y, en este sentido, Gerardo Diego tiene el mérito de haber enfocado la tauromaquia mucho antes que otros taurófilos consagrados como Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, José Ortega y Gasset, José María de Cossío o Miguel Hernández. Cabría evidenciar, asimismo, que, además de volcar el respeto y el fervor que la fiesta nacional española por antonomasia le inspiraba en poemas sueltos o recogidos en otros tomos, Gerardo Diego fue de los pocos en atreverse a articular dos poemarios que giraran en su integridad en torno a la lidia o a los Sanfermines pamploneses, y, además, fue el primero en conseguir que el primero de los libros que citaremos a continuación fuera etiquetado por los estudiosos, entre ellos, Javier Díez de Revenga, como el primer estudio monográfico que de esta fiesta se hiciera. Para concretar, estamos hablando del libro de amplia gestación, *La suerte o la muerte* (1921/6-1963), seguido por *El cordobés dilucidado* (1964-1965).

La muerte en un lapso brevísimo de tiempo de los tres toreros más célebres de la historia —célebres en parte gracias a cuanto de ellos se ha escrito—, respectivamente Joselito el Gallo, Ignacio Sánchez Mejías y Manolete, sacudió a España entera. Gerardo Diego, que era gran amigo de muchos de los toreros de la

época, y que había alcanzado a ver en persona a los susodichos, no fue la excepción, de modo que a cada uno de ellos decidió rendirles culto a su manera, dedicándoles un poema, de la misma forma como lo haría en honor de otros referentes del mundo taurino, como por ejemplo Manolo Bienvenida o Juan Belmonte. En este sentido, se suele hacer especial énfasis en poemas como *Elegía a Joselito*, *Égloga a Antonio Bienvenida*, *Oda a Belmonte*, *Adiós a Manolete*, así como en *La media verónica*, *Quiebro de rodillas*, *Pase de pecho*, *Suerte de varas* y, no por último, en la seguidilla *Torerillo en Triana*.

Para empezar, debemos señalar el hecho de que la creación taurina de Gerardo Diego estriba en las dicotomías inherentes, de hecho, a la tauromaquia, es decir, vida-muerte, razón-instinto, civilización-barbarie etcétera, con lo cual el poeta se yergue en pregonero dedicado no solamente a ensalzar las glorias y el esplendor que había atestiguado desde los tendidos, sino también a las derrotas, ya que nos hace llegar su pena y pesar más hondos por las desgracias que se habían cernido sobre las cabezas de aquellos quienes, después de haberse puesto el mundo por montera, habían tenido que cortarse la coleta o la habían perdido junto con la vida. Consiguientemente, apoteosis y tragedia, luz y sombra, rigor y capricho, apabullantes victorias y estrepitosas derrotas confluyen, en combas de hipérbatos gongorinas y tonalidades solemnes y graves o juguetonas y jocosas, en los dos poemarios mencionados. Dicho de otra forma, antes de que los azulejos de la Torre de Oro que custodia la Maestranza de Sevilla se vistieran del rojo brillo de la sangre, en esos mismos azulejos se habían reflejado garbo, gallardía, soberbia, furia, sumisión, fragilidad, ansias de triunfo, vergüenza, esperanza o bien cobardía. En medio de «estallidos de oles», de ovaciones, de lágrimas o de abucheos, se había sacado en hombros o con los pies por delante a esos «varones plenos», a los «faraones» o «robinsones de España» que, erguidos como faros para «romper la

espuma bravía [...] al borde del abismo se asoma[ro]n impávidos», los unos para «triunfar sobre las ciegas olas/ del corvo instinto», jugando «un sabio ajedrez contra el funesto hado», y los otros para apurar hasta las heces de un solo trago el «vino acedo» de su cansancio y su ruina, y para «modelar», mientras «sienten hundirse el trono y apagarse las luces de su traje», «en mármol aún tibio [...] su muerte azul teñida de gloria», regando, asimismo, las arenas de oro con el «arroyo de su sangre». Tanto los bisoños torerillos como los diestros se dan, pues, a la faena de «dibujar en la arena, a flor de riesgo, / un radiante teorema entrecruzado». Esta «férrea liturgia» de la lidia, cuyo ritual se basa en tres compases y tres tercios: el tercio de varas, el tercio de quites con sus dos suertes, la del capote y la de la muleta, y el tercio de muerte, queda retratada por una mano que esgrime con destreza, donaire y temple dignos de un auténtico torero la espada de las palabras idóneas para engendrar imágenes que recreen fielmente ese ambiente de sed, sol, seda y embriaguez abrileña de los ruedos.

Como tal, el paseíllo con pinreles o sin ellos, los jinetes picadores, las banderillas clavadas en la cerviz, el rejoneo, los muletazos, las embestidas, los quites, las estocadas, los mulilleros y hasta las cogidas se engastan en los versos de Gerardo Diego a modo de un espléndido mosaico de estampas, crónicas e impresiones rápidas. A veces elíptico, otras veces profusamente detallado, pero siempre debidamente matizado, se dijera que acompasado al vertiginoso ritmo de un pasodoble, el discurso del poeta santanderino logra captar y transmitir de intrépidos plumazos el pulso exacto de la corrida y, entre el frufú de las sedas amarillas, las fajas salmón, los alamares, rozando, quizás, de cerca el cuerpo del animal en su embestida, entre los chorroneos, la taleguilla y los caireles que también forman parte de la indumentaria del torero, entre el manto bordado a la Virgen de la Macarena, los maitines, el verde Guadalquivir y el vocerío de los

«chavales» y las mozas con sombreros y mantillas, se nos ofrecen pinceladas tanto de las tribulaciones del torero en el redondel, como del estremecimiento que embarga al público a cada uno de sus lances.

Por lo que al mataor se refiere, no cabe desestimar el hecho de que a la dimensión heroica que se perfila en el retrato del torero se le añade una dimensión erótica. Baste citar a este respecto la siguiente estrofa, sumamente sugerente precisamente por elíptica, de *Torerillo de Triana*, a modo de prueba elocuente del diálogo amoroso mudo que el torero entabla con la dama del palco, a la que alegóricamente le ha rendido su más sentido tributo mediante la faena llevada a cabo: «Me perfilo. La espada. / Los dedos mojo. / Abanico y mirada. / Clavel y antojo.»

Si bien, como hemos podido ver hasta el momento, es la deslumbrante figura del torero la que preside la poesía taurina gerardiana, no faltan, sin embargo, “escenas” en que la figura del toro cobra, en cambio, marcado protagonismo. Así, en un poema como *Invocación al toro*, el toro sobresale a su vez como objeto de la admiración del poeta y, en virtud de su equiparación en clave mitológica con Zeus, se invoca al «Padre toro» a fin de que éste encune «este poema de ceniza y de gloria en la rima» de sus cuernos.<sup>4</sup>

Desde este punto de vista, nuestro escritor potencia la fuerza y fiereza ibérica «de grana y oro» que, a la luz de los puntos analizados en el presente trabajo, bien pueden fecundar y avivar dorados sueños de gloria o bien ensangrentadas pesadillas, a través de luctuosos clarinazos y lúgubres tañidos de campana que abren o rematan magistralmente los cuadros poéticos.

---

<sup>4</sup> *Padre toro, desgarras en mil jirones/ las banderas del aire y borbotones,/ fulmina y tala, abrasa y carboniza, / revuelve paraísos con avernos,/ y encuna este poema de ceniza / y de gloria en la rima de tus cuernos, GD, 1951.*

Pero no son estos los únicos instrumentos musicales que pueblan los poemas gerardianos, puesto que a ellos se suman instrumentos típicamente españoles como los crócalos, los añafiles, la guitarra. Como era de esperarse, de esta orquesta de «metales en flor y celestes leños» que bajan y suben el diapason según el estado anímico del yo lírico, tampoco podría faltar el piano.

### ***Metales en flor y celestes leños...***

#### **El ruedo sonoro de la poesía dieguina**

Al nutrir la firme convicción de que «hay que explorar el mundo con el do-re-mi-fa-sol-la-si», sin el cual el poeta «no podría vivir», GD pasa de las ardientes luces y frías sombras del ruedo a la “noche oscura del alma” y, en cuanto a esto se refiere, sus principales «surtidores de sombra u sueños» son Mozart, Chopin, Fauré y Debussy. Su agudo interés por la música lo ponen de manifiesto, bajo el prisma de la crítica musical, su epistolario con Falla, así como su colaboración con Joaquín Rodrigo y Federico Sopena en la elaboración del libro *Diez años de música en España* (Espasa-Calpe, 1949), pero, más que nada, su amor a la música y el hecho de que, en efecto, la llevaba en el corazón y en la mente, al percibir el palpitante «repiqueteo de los ritmos [...] en el tamboril del cerebro» salen a relucir en los villancicos, en las canciones de cuna, en sus celebérrimos “nocturnos”, así como en las demás composiciones poéticas que se hacen eco de sus gustos musicales y de su talante interartístico. Manifestado anteriormente en la capacidad de traducir al lenguaje poético las estructuras y tensiones del toreo, dicho *talante*, unido al *talento* dieguino, hace que lo sinfónico, lo plástico y lo gestual converjan en varios planos de significación en los *Nocturnos de Chopin* (1963), en *Preludio, aria y coda a Gabriel Fauré* (1967), en los poemas dedicados a Debussy en *Alondra de verdad* (1941), así como en

los homenajes a otros músicos, que vienen recogidos en *Poemas menores* (1996).

En la mayoría de ellos, lo que Gerardo Diego hace es traducir la música a la poesía, dejando fluir, en la intimidad de su habitación y al amparo de la noche, las ideas y sensaciones que ésta y los acordes musicales le suscitan, para luego cristalizarlas en versos que patentizan una visión poética innovadora. En dicho sentido, «la guitarra es un pozo con viento en vez de agua», mientras que «bajo las cuerdas del río [...] canta el agua enjaulada», y «la noche abre su piano» con estrellas por teclado. En lo que concierne este último aspecto, la «estrella verde» de GD, el «purísimo mirlo negro, rosa y verde de» su «eternidad» era, no obstante, Federico Chopin, el compositor con el Diego que mejor parecía congeniar, y cuyos nocturnos poetiza en su integralidad, inspirado por aquellos «acordes litúrgicos» tan etéreos, elásticos y sublimes a su juicio, que se entrelazaban formando su «luz en el prosaico abismo» y su retablo de armonía. Los *Nocturnos de Chopin* quedan, pues, plasmados en elegías que desnudan a un tiempo el dolor y el fervor del poeta acongojado. «Con el mágico beso de las nevadas manos» se hace «cantar, llorar y latir el corazón del piano» que se «desborda en catarata ebria de luz» donde las notas «vuelan como mariposas» para precipitarse después «desangrándose en lánguidas gotas de mansedumbre» y en «lágrimas de claveles y azahares».

Visto esto, podemos decir que en estos nocturnos gerardianos laten, pues, todas las preocupaciones del poeta. No obstante, sí atendemos, además de la impresionante sensibilidad y carga emotiva que traslucen los versos arrulladores o sollozantes que se hacen espejo de la línea melódica chopiniana, también a la plástica y vibrante imaginería dieguina, a su belleza rítmica y sonora, a su exquisita musicalidad de conjunto, podremos comprobar que los *Nocturnos* de GD son una de sus obras

maestras, que no se reducen a transvasar la música a la poesía, sino que hacen cantar a la poesía misma.

En resumidas cuentas, la originalidad de la lírica gerardiana en las que el presente trabajo ha hecho hincapié radica, sin duda, en la maestría técnica y conceptual desplegada alrededor de los dos ejes temáticos de arraigo tradicional analizados, la música y la tauromaquia. Por otro lado, la culminación del genio de Gerardo Diego se mide en su prodigiosa capacidad de fundir, en ambos casos con rima consonante cruzada, la métrica popular que alterna los pentasílabos y heptasílabos de su poesía taurina con los metros de arte mayor como el alejandrino y el eneasílabo de sus composiciones inspiradas en piezas musicales en la fragua de una metáfora de corte vanguardista que termina hermanando creacionismo y ultraísmo.

A tenor de la opinión de Dámaso Alonso (1969), el juego metafórico gerardiano encierra una «jugosa emoción», y está «lleno de ingenio y de fuerza intuitiva». Desde este punto de vista, la poesía de GD es un abanico sinestésico veteado de luces y sombras, de sonidos, colores, olores, sabores y texturas. Su obra es ideograma y es «relámpago», en fe del mismo concepto que su propio autor tenía sobre el acto creador inherente a la poesía. Según Vicente Huidobro, el adjetivo, cuando no da vida, mata. Pues bien, a modo de conclusión podemos decir que, en el caso de Gerardo Diego —su discípulo—, quien parece albergar en su cuerpo de poeta un alma de torero, de pintor y de músico a la vez, ni el adjetivo, ni la metáfora matan. Más bien, estos le infunden vida al diálogo de las tres principales artes que el ilustre santanderino sorteó: toreo, poesía y música, un diálogo que el poeta entabla tomando al toro de la poesía por los cuernos, “parando, templando y mandando” sobre la materia indómita, afinando las palabras y dándole la puntilla a cada verso de manera que estos pervivan en la memoria de sus lectores para siempre.

Cabe destacar, en síntesis, que la relación entre poesía y pintura en la obra gerardiana viene vinculada a la relación establecida entre poesía y música. El diálogo interartístico, que se da en y entre los distintos poemarios del poeta español, viene puentado por el concepto de «imagen múltiple». Sea en los toques militares, en las canciones infantiles, en los pasodobles toreros, o bien en las odas, sonatas para violín y piano, en los lieder vieneses o en los nocturnos, Gerardo Diego trae a la partitura pluriestratificada del poema todos los timbres formales y simbólicos, corona faenas verbales y oficia corridas caligráficas. La estructura pluripartita de su poesía se correlaciona mediante el dominio soberano de la palabra con los temas más sonoros que su lírica abarca, así como con las diversas manifestaciones artísticas a las que alude. Tauromaquia, música, pintura y poesía se hallan en sintonía, potenciándose mutuamente, unidas en vibrante armonía interartística cual eslabones de una envolvente cadena intermedial que aúna y entrelaza lo físico, lo sonoro, lo visual y lo verbal en un mismo impulso creador.

## **Bibliografía**

### **Fuentes primarias**

- DIEGO, G. (1963): *La suerte o la muerte. Poema del toreo*, Madrid, Taurus Ediciones, S.A.
- DIEGO, G. (1996a): *Manual de espumas. Versos humanos*, 4ª edic., Milagros Arizmendi (Ed.), Madrid, Ediciones Cátedra.
- DIEGO, G. (1996b): *Poesías y Prosas Taurinas*, Valencia, Ediciones Pre-textos.
- DIEGO, G. (2012): *Poemas musicales (Antología)*, Antonio Gallego (Ed.), Madrid, Ediciones Cátedra.

## Fuentes secundarias

- ALONSO, D. (1969): «La poesía de Gerardo Diego (Desde la altura de su *Alondra*», *Poetas españoles contemporáneos*, 3ª edic., Madrid, Gredos.
- CORTINES, J. (1998): «Tauromaquia y literatura en la Generación del 27», *Revista de Estudios Taurinos*, n.º 7, Sevilla, pp. 13-40, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5090492.pdf> [última consulta: 03 de diciembre del 2023].
- CRESPO, Á. (1989): «La poesía de Gerardo Diego», *Gerardo Diego. Premio «Miguel de Cervantes» 1979*, Colección, Barcelona, Editorial Anthropos / Ministerio de Cultura, pp. 89-119.
- CIRRE, J.-F. (1950): «Creacionismo y surrealismo», *Forma y espíritu de una lírica española*, México, Graf. Panamericana.
- DÓNOAN (1989): «Imagen múltiple... la creación», *Gerardo Diego. Premio «Miguel de Cervantes» 1979*, Colección, Barcelona, Editorial Anthropos / Ministerio de Cultura, pp. 7-33.
- DÍEZ DE REVENGA, F. J. (1989): «Gerardo Diego: poética y poesía», *Gerardo Diego. Premio «Miguel de Cervantes» 1979*, Colección, Barcelona, Editorial Anthropos / Ministerio de Cultura, pp. 73-87.
- (2006): «Ultraísmo, creacionismo y surrealismo en Gerardo Diego», *Los cuadernos del 27*, 1.
  - (2001) *La poesía de vanguardia*, Madrid, Laberinto.
  - (2004) *Las Vanguardias y la Generación del 27*, Madrid, Editorial Síntesis.
- GALLEGO, A. (2012): «Gerardo Diego, músico», introducción a *Poemas musicales (Antología)*, Antonio Gallego (Ed.), Madrid, Ediciones Cátedra.
- GALLEGO GALLEGU, A. (2021): *Gerardo Diego, músico*, Sevilla, Editorial Renacimiento.
- GÓMEZ REDONDO, F. (2019): «El ajedrez y la literatura» (100). Gerardo Diego, “Ajedrez” (1951)», en *Rinconete*, publicado a 11 de octubre de 2019, disponible en línea: [https://cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/anteriores/octubre\\_19/1110\\_2019\\_01.htm](https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/octubre_19/1110_2019_01.htm) [última consulta: 2 de enero del 2024].

- GULLÓN, R. (1976): «Gerardo Diego y el creacionismo», en *Ínsula*, p. 354.
- HERNÁNDEZ CORTINA, J. A. (2013): *El mundo taurino en la poesía y prosa taurina de Gerardo Diego*, tesis doctoral editada por la Universidad de Valladolid. Facultad de Filosofía y Letras, disponible en línea: <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/4429>; <https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/4429/TESIS474-140226.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [última consulta: 02 de febrero del 2024].
- HERNÁNDEZ VALCÁRCEL, M<sup>a</sup>. del Carmen (1974): «Poesía y música en los *Nocturnos de Chopin* de Gerardo Diego», *Estudios literarios dedicados al profesor Mariano Baquero Goyanes*, Murcia.
- MANTERO, M. (1963): «Gerardo Diego y los toros», n.º 85-93, nov.-jul. 1963/64, Madrid, pp. 9-11, disponible en: [https://cvc.cervantes.es/literatura/cuadernos\\_de\\_agora/85\\_93.htm](https://cvc.cervantes.es/literatura/cuadernos_de_agora/85_93.htm), [https://cvc.cervantes.es/literatura/cuadernos\\_de\\_agora/pdf/85\\_93/85\\_93\\_09.pdf](https://cvc.cervantes.es/literatura/cuadernos_de_agora/pdf/85_93/85_93_09.pdf) [última consulta: 13 de enero del 2024].
- REBOLLO SÁNCHEZ, F. (2012): «En el día mundial de la poesía: El vanguardismo de Gerardo Diego», en el blog *Cantando sobre el atril*, sección: *La palabra empeñada*, publicado a 21 de marzo del 2012, disponible en: <https://cantandosobreelatriel.com/2012/03/21/en-el-dia-mundial-de-la-poesia-el-vanguardismo-de-gerardo-diego/> [última consulta: 13 de enero del 2024].
- SÁNCHEZ OCHOA, R., Extracto de la Introducción a *Gerardo Diego y la música. Homenaje al poeta músico* por la Real Academia de Bellas Artes San Fernando, noviembre de 2017, disponible en: <https://www.realacademiabellasartessanfernando.com/actividades/conferencias/gerardo-diego-y-la-musica-homenaje-al-poeta-musico/> [última consulta: 13 de enero del 2024].
- VIDELA, G. (1971): *El Ultraísmo*, Madrid, Gredos.
- VILLAR, A. (1977): «Una rima creacionista de Gerardo Diego», *Ínsula*, pp. 368-369.
- (1980): «El creacionismo según Gerardo Diego», *Arbor*, CVI.

- VIVANCO, L. F. (1974) «La palabra artística y en peligro de Gerardo Diego», en *Introducción a la poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama.
- (1989): *Gerardo Diego. Premio «Miguel de Cervantes» 1979*, Colección, Barcelona, Editorial Anthropos / Ministerio de Cultura.

### **Webografía**

<https://corredordeencierros.blogspot.com/2009/10/gerardo-diego.html>

[última consulta: 13 de enero del 2024].